

ERC ha cedido menos capital electoral tras pactar con el PSC que con CiU

Esquerra y los lobos

CARLES CASTRO

LA VANGUARDIA, 08.06.08

Una de las leyendas precongresuales de la actualidad política catalana equipara a los dirigentes con la figura sencilla Manelic, el pastor de la Catalunya endins que se enfrenta al perverso amo Sebastià, un prototipo del poder egoísta y corruptor de la terra baixa. De acuerdo con esa leyenda, la ingenuidad de los independentistas - "la bona gent d'Esquerra"- sucumbirá a las artimañas constantes de los profesionales del poder. Un poder que, como el amo Sebastià, es el verdadero lobo.

En la obra de Àngel Guimerà, Manelic acaba con el lobo y se vuelve al monte. En la realidad, sin embargo, las cosas son más complicadas. La leyenda insiste en que un pacto con el poder (un papel que antes encarnó CiU y, ahora, el PSC) es una traición a las limpias esencias de ERC. Y peor aún: los independentistas saldrán trasquilados de cualquier transacción porque no dominan ese terreno necesariamente turbio de lo real y lo posible.

Finalmente, la leyenda apela a la propia evolución electoral de Esquerra para corroborar su carácter de profecía autocumplida. En apenas cuatro años, los republicanos han perdido la mitad de los votos que obtuvieron en las anteriores elecciones generales y casi una cuarta parte de los que cosecharon en las catalanas del 2003. Un balance inquietante.

Lo curioso de ese balance, como de la propia leyenda, es su carácter parcial cuando no inexacto. Ni los números son únicamente esos, ni los independentistas son unos recién llegados al complejo escenario de la política. Los dirigentes de ERC llevan más de veinte años pedaleando. Es decir, los suficientes para conocer la anterior experiencia de Esquerra. Y en esa experiencia sobresale un precedente que invalida cualquier pretensión de inocencia mancillada: ERC ya participó en el Govern en el pasado y pactó con CiU para conseguirlo.

¿Cuál fue el balance? Pues que en 1988, tras cuatro años de participar en el gobierno catalán (y ocho años después de apoyar la investidura de Pujol), Esquerra había perdido más de la mitad de su voto autonómico, una cuarta parte del sufragio local y un tercio del que obtenía en las generales. Perdió hasta ocho diputados en el Parlament (pasó de 14 a 6), desapareció del Congreso y extravió decenas de concejales (entre ellos los que tenía en Barcelona capital). ¿A dónde fue todo ese capital? Los sondeos y los resultados coinciden sin excepciones: fue CiU quien capitalizó la espectacular sangría, dado su carácter fronterizo con Esquerra.

¿Qué ha ocurrido ahora? Pues algo bastante distinto pese a que Esquerra ha protagonizado episodios de desestabilización política tan sonados como su no al Estatut o su salida del Govern. Así, si la referencia son los comicios anteriores a su pacto con el PSC, las pérdidas de ERC son limitadas en el ámbito autonómico (donde mantiene más de veinte escaños) y en el municipal (donde incluso ha aumentado su cifra de ediles). Y el saldo es positivo en el ámbito de las elecciones generales. En el año 2000, ERC sólo tenía un escaño. Ahora tiene tres y ha aumentado

en un 50% su caudal de votos. Y nadie ha capitalizado el leve retroceso de ERC en las elecciones catalanas o en las locales.

Ciertamente, los independentistas no han repetido en el 2008 su excepcional resultado del 2004 (cuando, por cierto, ya habían hecho presidente al socialista Maragall). Sin embargo, no parece sensato establecer comparaciones con unos comicios tan marcados emocionalmente por el 11-M. Es verdad que el capital electoral de entonces se ha reducido a la mitad. Pero quizás habría que buscar las razones de ese desgaste en la propia genética de ERC, como partido que encarna una promesa de imposible cumplimiento a corto plazo (la independencia) y, sobre todo, como partido de lucha y de gobierno (o más bien de lucha dentro de los gobiernos en los que participa, insólito híbrido de Manelic, el amo Sebastià y el lobo).